



Edificio Conurban,
Estudio Kocourek,
Ernesto Katzenstein,
Carlos Llorens, 1969/73.
Solución con materiales
que permiten un
adecuado balance térmico

Frente a estas posiciones de objeto irrepitible y reconocible están las que se apoyan en la sobriedad de lo constructivo, con un racionalismo ajeno al formalismo. Así las obras de Antonini-Schön-Zemborain (Plan de Escuelas Municipales realizado con otros profesionales) y edificios de los parques deportivos Jorge Newbery y Sarmiento (Estudio Kocourek y Asociados), todos de lenguaje ladrillero.

Horacio Baliero (autor, en los sesenta, junto con Carmen Córdova, del Colegio Mayor Argentino en Madrid) y Ernesto Katzenstein, socios en más

de una oportunidad, insisten en la sobriedad y en lo constructivo para sostén de una estética local. La visión universalista debe adaptarse —y no adoptarse— a las realidades de nuestro medio, pero siempre con localismo ahistórico, no restringido pero sí selectivo en cuanto al avance tecnológico. El edificio Conurban, que asocia el *courtain wall* de la fachada este con el ladrillo visto del frente oeste, es un buen ejemplo de ello.

Baudizzone-Erbin-Lestard-Varas, asociados por entonces con Antonio Díaz, apoyan su obra en una reflexión teórica que les hace abandonar la arquitectura de sistemas por la proyectación según tipologías portavoces de material histórico-cultural proponiendo edificios «no neutros» y significativos «como la contribución de lo arquitectónico a la cultura en formación de nuestra periferia» y recurriendo a la condición posmoderna de la ambigüedad, tal como puede leerse en la doble fachada del edificio Estuario.

Separado luego del grupo, Antonio Díaz (hoy radicado en España), busca aunar práctica y teorías europeas con la condición iberoamericana. A partir de las ideas del italiano Aldo Rossi sobre la ciudad y de su controlado modelo formal y de tipologías que trasgrede posmodernamente con decisiones lógicas, practica una arquitectura «de reelaboración y no de restauración» de temas desarrollados anteriormente en el país. Así, la arquitectura de la manzana urbana o del patio interno es «reelaborada» en el conjunto Centenario de Santa Fe. Las propuestas de Díaz, de una seria y convencida reflexión fueron seguidas por algunos, criticadas por otros dada la abstracción «rossiana» de sus imágenes. Pero también produjo su influencia sólo en los aspectos formales, con vacío de contenido que fue una de las salidas peligrosas del pluralismo posmoderno entre nosotros. A los tics lingüísticos textuales de la moda Rossi, vía Díaz, se unieron otros ejemplos con repertorios de frontones, columnas o arcos más o menos historicistas, en superposición fragmentaria inspirada en otras vertientes posmodernas como la de los norteamericanos Moore, Stern o Graves, aplicados indiferentemente para cualquier tema.

Los setenta comenzaron con pleno auge «concursero» destacándose el certamen para el Auditorio de Buenos Aires (el proyecto ganador, del grupo Baudizzone, de complejo lenguaje tecnológico, jamás pudo construirse) y culminaron con el concurso para el Teatro Argentino de La Plata, para reemplazar a un centenario teatro de ópera destruido por un incendio.

El galardón correspondió al estudio platense Bares-García-Germani-Rubio-Sbarra-Ucar, que pudo ver el comienzo inmediato de la obra y también cómo ésta iba paulatinamente paralizándose de acuerdo con el impredecible proceso que en la Argentina cabe para el desarrollo de un emprendimiento cultural.